

Juarroz, Roberto, “La década del 90 : La biblioteca y la profesión hacia el año 2000,” Biblioteca digital

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas INIBI. Puán 480 - 4° Piso - Of. 8 - (C1406CQJ) Buenos Aires | ARGENTINA | Tel. 5287-2892 | 5287-2893

Correo-e: inibi@filo.uba.ar | inibi.uba@gmail.com | <http://inibi.institutos.filo.uba.ar>

por el Prof. ROBERTO JUARROZ

Se parte de una caracterización del enfoque que provoca el estado de crisis crónica que padecemos en el país, proponiéndose una apertura de la visión y un retorno a los fundamentos. Se recuerda de inmediato los 16 factores críticos expuestos en un trabajo de 1986, para pasar a considerar algunas notas y riesgos previsibles en la década del 90 y comparar los planteos de una ideología de la comunicación y una filosofía de la comunicación. Se analizan a continuación los obstáculos mayores que perturban actualmente a nuestra sociedad y nuestro desarrollo bibliotecario, esbozándose algunas consideraciones sobre el deterioro político, económico, educativo, cultural y moral. Se vuelve a reflexionar luego, bajo otra óptica, sobre algunas perspectivas y necesidades cuyo adecuado tratamiento podría contribuir a la superación de la crisis en los próximos años. Se arriba finalmente a la propuesta de una renovada y fortificada axiología bibliotecaria, para acceder a una Bibliotecología crítica, integradora, comparativa y abierta, considerándose como clave, para la década del 90, la vuelta a nuestros fundamentos profesionales y su profundización.

I - Situación y problemas

En un libro que algunos consideraron en su momento como un clásico de nuestro tiempo, Catch-22 (Trampa 22) (1), el novelista Joseph Heller transcribe el siguiente diálogo: "- Ese pez con el que sueña usted... Hablemos de él. ¿Es siempre el mismo? - No lo

mé. No estoy muy familiarizado con los peces. - Ese pez, ¿qué le recuerda a usted? - Otro pez. - Y ese otro pez, ¿qué le recuerda? - Otro pez."

Es suficiente con reemplazar el motivo central del texto de Heller y colocar en lugar del elemento "pez" el tópico que nos obsesiona y persigue, despiertos y dormidos, la palabra "crisis", para poder asumir paradigmáticamente ese diálogo. Intentemos esa substitución: - Esta crisis, ¿qué le recuerda a usted? - Otra crisis. - Y esa otra crisis, ¿qué le recuerda? - Otra crisis.

Creo que este aparente juego de humor puede servirnos hoy para reflejar nuestro drama: hemos arribado a una crisis crónica. No aquella crisis que, como lo han observado Jaspers o Spranger (2), constituye un componente natural de la vida, en cuanto significa lucha y cambio permanente, sino la convulsión o el trastorno constantes y sin mayores alternativas de una sociedad que se ha perturbado y ha confundido su derrotero. Descalabro político, económico y moral que desde hace varias décadas ha subvertido prácticamente los fundamentos básicos de una convivencia civilizada y fecunda: la calidad de la vida, el respeto mutuo, la justicia, la credibilidad en los conductores, la dignidad del trabajo, la asistencia a los más débiles, la salud pública, los valores éticos, el reconocimiento del mérito, el rechazo del privilegio, la postergación de la voracidad sectorial o partidista, la vocación republicana o democrática, el sentido plural y abierto de la existencia, entendida como dialéctica sustancial del amor y la libertad y no como pugna sin tregua por una ideología o por el éxito o el lucro a cualquier precio. Y naturalmente, en esta situación y dentro de una inversión general de las prioridades políticas y sociales, se genera el notable deterioro de la cultura, la educación, la universidad y las bibliotecas, al compás casi macabro de unos medios de comunicación masiva que

con muy pocas excepciones, parecieran estar al servicio de la imbecilización colectiva y del aplastamiento del auténtico pensar.

Y esta crisis sin atenuantes, que a menudo se nos ocurre sin salida, se ha convertido para nosotros en una especie de obsesión histórica. Nos sucede, entonces, lo mismo que al personaje de Heller: un pez sólo nos hace recordar otro pez, que a su turno sólo nos permite recordar otro pez. O sea: esta crisis únicamente nos deja recordar otra crisis, que a su vez no nos permite evocar nada más que otra crisis. Y así olvidamos que un pez puede hacer surgir en la memoria y en la imaginación despierta muchas otras cosas más, como el agua, el mar, el río, los cielos reflejados, el silencio de las profundidades, el caleidoscopio de los mundos submarinos, el trabajo del pescador, el milagro del alimento o el misterio de la vida. Y así también olvidamos que toda crisis puede llevar a la memoria y al espíritu hacia el reencuentro con algunos elementos fundamentales, como la capacidad creadora del sufrimiento, la energía aletargada, la dinámica secreta del trabajo, la valentía vital, los recursos equivocadamente postergados, la solidaridad imprescindible, el sentido de destino de un pueblo.

La crisis, sobre todo esta dura crisis crónica de que hablamos, produce casi inevitablemente un desenfoco fundamental: enturbia la visión de los fundamentos, de las raíces que nos nutren. Dejamos de ver, con la claridad requerida para una vida dinámica y cabal, las ideas básicas, los valores fundantes y las conductas esenciales que alguna vez nos sostuvieron y que son precisamente los únicos resortes que nos permitirían superar el aplastamiento, el escepticismo y la sensación de impotencia que la crisis provoca, disolviendo las energías y la actitud necesaria para resurgir. Este es quizá el peligro ma-

yor de nuestra situación: la crisis, sobre todo cuando se vuelve crónica, sólo nos deja ver la crisis. Entramos de ese modo en un cono de sombra, que supone el olvido de todo aquello que estuvo y estará siempre más allá de las catástrofes y declinaciones históricas: el sentido del vínculo que nos une, la significación profunda de la tarea a la que dedicamos nuestra vida, la vocación y el destino de ser lo que somos y no un simple y espasmódico accidente en el devenir que nos toca. En términos estrictos: la crisis produce la pérdida de la conciencia integral de la crisis, nos desubica, nos confunde, nos enajena, nos expulsa del sentimiento y la comprensión de nuestro contexto fundamental como pueblo, nación, sociedad, cultura o profesión.

Creo que este planteo es tan válido para la sociedad en su conjunto como para cada uno de sus grupos: los políticos, los educadores, los bibliotecarios o los responsables de cualquier otro campo. Hay que volver a ver lo que está más allá y más acá del pez. Hay que volver a ver y vivir desde abajo lo que está más allá y más acá de la crisis. Hay que volver a encontrar el silencio creador de nuestras raíces y revitalizar desde allí el tronco y las ramas, los miembros entumecidos o heridos de nuestra existencia como sociedad y como sector profesional. No hay fórmulas mágicas, ni recetas magistrales, ni soluciones mesiánicas. Estamos saturados de pretendidas ideologías salvadoras, de políticas que prometen y no cumplen, de supuestos planes económicos que se parecen cada vez más a una consternante danza macabra, de verborrágicos análisis técnicos o pedagógicos que acaban revelándose como pretenciosas o infantiles fantasías, de aperturas que no son aperturas, liberaciones que no son liberaciones, revoluciones que no son revoluciones. A esta altura y bajo esta perspectiva, recordando a Shakespeare, podríamos casi llegar a sentirnos los grotescos personajes de "un cuento narrado por un idiota, lleno de sonido y furia y que no signi-

fica nada." (3)

Pienso, en suma, que no queda más que un camino: volver a los fundamentos, recuperar con más fuerza que nunca las bases esenciales de lo que somos y queremos ser. Y desde allí, humildemente, cada uno en los suyos pero también cada uno con todos, asumir como si fuera una cruzada la reconquista efectiva de los valores y elementos que definen, por encima de todas las estrategias, cualquier posibilidad real de emerger de la crisis que nos abruma. No se trata de vaguedades o ideales más o menos difusos. Si sabemos buscar, si miramos más allá de la crisis, los hallaremos encarnados y a menudo con nombre propio en nuestra historia, como en toda la historia de la humanidad. Y los reconoceremos también en mucha gente desconocida y sencilla, en la obra de nuestros creadores, en las huellas de quienes en este país supieron pensar con profundidad, gobernar con rectitud, combatir con valentía, legislar con sapiencia, enseñar con generosidad o servir con sacrificio alguna causa digna. Ahí están, por ejemplo, Moreno, Rivadavia, San Martín o Sarmiento. No importan sus errores: importa su grandeza. Ahí está la Constitución Nacional: no importa si hay que cambiar o no algún detalle; importa su estatura fundacional. Ahí están nuestros libros, nuestra literatura, sin falsos nacionalismos culturales, junto a toda la literatura del mundo: no importan sus desniveles o sus fallas; importan su voluntad de expresión y creación y sus picos de excelencia. Siempre me han parecido lamentables quienes no saben reconocer a sus maestros: otros hombres, otras obras, otros hechos. Creo que además de responder a una exigencia de integridad, ese reconocimiento se evidencia en determinadas condiciones históricas como una condición ineludible para salir a flote. Nadie carece de maestros. Tampoco nosotros. Sepamos reencontrarnos con ellos. Nos ayudarán a vencer la efuscación de ver nada más que un pez en un pez, nada más que una crisis en una crisis.

A la luz o a la sombra de las reflexiones precedentes, creo que vale la pena intentar ahora la enunciación de algunos rasgos previsibles y algunas causas de perturbación que aparecen en la perspectiva de la década del 90, afinando el enfoque sobre aquello que toca de más cerca a las bibliotecas y los bibliotecarios. Pero antes de eso, quisiera recordar sumariamente los dieciséis factores, a mi criterio primordiales, que habrían configurado la crisis de la profesión bibliotecaria en Argentina, según un trabajo que presenté en la XXII Reunión Nacional de Bibliotecarios, convocada por ABGRA en San Juan, en 1986 (4). Han pasado cuatro años. Hace dos, durante un seminario realizado en la Universidad de Buenos Aires, volví a revisar esa lista, en esa oportunidad con la eficaz colaboración de un grupo sobresaliente de alumnos de la Licenciatura en Bibliotecología y Documentación. Ahora he examinado nuevamente esos factores y considero que en general se han agravado, aunque puedan existir algunas excepciones, unos pocos "bolsones antientrópicos". ¿Por qué sigue avanzando el proceso de deterioro? Trataré luego de puntualizar algunas razones que me parecen evidentes. He aquí, entonces, el listado de 1986: 1) La desmesura de la función informativa de las bibliotecas, en desmedro de las otras funciones que son irrenunciables. 2) La compleja e infundada competencia de la documentación. 3) El impacto no suficientemente asimilado de los medios de comunicación masiva. 4) El "shock" de la informática. 5) La problematización del futuro del libro y de las bibliotecas. 6) Las imperfecciones y carencias en la formación actual de bibliotecarios. 7) El insuficiente desarrollo de una auténtica conciencia bibliotecaria, dentro y fuera de la profesión. 8) La indecisión profesional del bibliotecario. 9) Las fallas culturales del bibliotecario. 10) La falta de una legislación y una política bibliotecarias, incluyendo el estatu-

to profesional todavía pendiente. 11) Las trabas de la burocracia estatal. 12) La crisis generalizada del sentido de servicio y especialmente de "servicio social". 13) La escasez de investigación y teoría. 14) La ausencia de una preparación bibliotecaria general y elemental en escuelas y universidades. 15) La insuficiencia de las remuneraciones. 16) Los intereses políticos partidistas.

Deseo tan sólo añadir una nota que en aquel trabajo seguía a la recapitulación de estos dieciséis puntos: "No descarto, por supuesto, la existencia de otros factores. Se trata de un cuadro abierto, perfeccionable y seguramente discutible. Detesto los dogmas, la política y los totalitarismos de cualquier signo. He pretendido tan sólo exponerles algo análogo a un provisorio cuadro de situación, sobre la base de una serie de ideas y observaciones que puedan servir para la reflexión, tanto de nosotros como de quienes importa que se interesen en estos problemas, porque estos problemas están ligados no sólo a nuestra condición profesional sino también a necesidades básicas del desarrollo de nuestro país."

II - La década del 90

Cada día se afianza con mayor evidencia aquello que Jacques Robin ha llamado un "cambio de era".⁽⁵⁾ Señala el autor que "nuestra edad es la de la evolución de todas las cosas, ya se trate de las motivaciones y los valores individuales, de las estructuras sociales, de las herencias culturales y de nuestra forma de aprehender el cosmos. Estamos en la encrucijada de lo imprevisible, lo inestable, lo complejo: a nosotros nos toca volver a encontrar el sentido de la autonomía, la nuestra y la de los otros. Es urgente, por lo tanto, buscar las ideas más pertinentes y las actitudes más adecuadas para encarar las "acciones solidarias" que requiere nuestra tierra en peligro.

Luego de haber puntualizado el carácter general de la crisis, dentro de la cual nuestro país parece ser un terreno particularmente propicio, subraya Robin, casi como si lo dijera expresamente para nosotros, que la crisis está "bajo nuestros ojos, en la menor peripecia de la vida cotidiana. Ella ataca los diversos asientos de los intereses humanos, demográficos, geopolíticos, tecnológicos, económicos, sociales, culturales, religiosos." Dentro de un actualísimo análisis, que resume muchos otros de estos últimos años y se proyecta sobre los próximos, Robin pone el acento en la mutación tecnológica y específicamente en las tecnologías informacionales (informática, robótica, telecomunicaciones, biotecnologías, etc.) y en las rupturas culturales y la alteración de los comportamientos sociales que aquéllas provocan. Examina así el trastorno de la institución familiar, la escuela desbordada, la desubicación de algunos núcleos eclesiásticos, el debilitamiento de la sociedad civil, la actitud refractaria ante las instituciones políticas y la inestabilidad cultural sin precedentes. Todo esto prefigura una ruptura fundamental y otra visión del mundo. Bajo este ángulo, parecen revelarse para los próximos años, algunos fenómenos como los siguientes: a) El peligro de un sistema económico a la deriva, incluyendo factores tan decisivos como el desempleo y el sub-empleo. b) La contraposición entre la tecnociencia y la cultura, comprendiendo la manipulación de una abrumadora masa de información, buena parte de la cual engrosaría aquello que Jean François Revel, en un libro muy reciente, ha llamado el conocimiento inútil (6), en un dramático planteo que poco tiempo atrás nos hubiera parecido inadmisible. Y Robin llega a afirmar que "las peores destrucciones son aquellas que nos prepara la tecnociencia no controlada". c) La necesidad de una renovación de la democracia, con el replanteo de la función del Estado, la revalorización del individuo, la erradicación de la burocracia, la proscripción de las formas expresas o larvadas de totalitarismo, la limitación de

los poderes de la clase política y de las corporaciones adyacentes (empresariales, sindicales, militares, organizaciones terroristas, etc), la formación y desarrollo de contra-poderes en la sociedad civil (asociaciones culturales, científicas, de investigación, religiosas, de ayuda mutua, de consumidoras, etc.), un pluralismo efectivo y no declamado en la escuela y la universidad, el cultivo primordial de la libertad responsable, la desarticulación de privilegios, populismos, falsos igualitarismos, facilismos, demagogias, adoctrinamientos ideológicos, partidismos u otras manifestaciones sectarias, la fe en el poder de recuperación de los pueblos, de lo cual da buena prueba actualmente el resurgimiento de los países del este. d) La revalorización imprescindible de una ética, no formalista ni meramente normativa, afirmada en los valores sustanciales de la vida y del ser del hombre, en la escala abierta de una realidad sin límites y en la proyección de su aventura creadora sobre la tierra, no sujeta en su axiología fundamental a los vaivenes de la tecnociencia ni a las veleidades del oportunismo político e ideológico. O el hombre de la próxima década accede a una resacralización ética del mundo, del conocimiento auténtico por encima de la información atomizada, del hombre mismo en su capacidad de amor, creación y solidaridad, o simplemente no habrá salida y esta crisis, ya crónica entre nosotros, cambiará de adjetivo o calificación y se convertirá en una crisis terminal.

Creo, por otra parte, que en el umbral de esta década del 90 ya no basta con invocar algunas enunciaciones que parecieron proposiciones claves en décadas pasadas. Veamos algunos ejemplos: 1) La prédica del desarrollo económico por encima de todo. No en vano un especialista como Peter Drucker, para muchos "el padre de la administración", analiza en su obra 'Las nuevas realidades' (7) lo que llama "los deplorables fracasos" de las teorías del desarrollo económico que se gestaron en los años 50 y 60. No es suficiente

la planificación, capitalista o socialista, para obtener el progreso de los pueblos, ni de nada, si la política, la plutocracia, la guerra, los nacionalismos, los egoísmos o el partido son las fuerzas que en último término mueven las piezas del tablero. 2) La creencia algo ingenua en que el auge de los medios de comunicación masiva favorecerían necesariamente el entendimiento, la cultura, la libertad, la formación de una opinión pública ilustrada. Salvo excepciones, pareciera que asistimos a la disolución de otra utopía. Basta recapacitar sobre el bajo nivel general de la televisión, la radio, las publicaciones semanales o buena parte del cine, para sospechar el efecto inverso, es decir el aumento de la desinformación, la superficialidad, la verborragia, la irreflexión, la ilusión de abarcarlo todo y no conocer verdaderamente nada. 3) El engañoso convencimiento de que las nuevas técnicas de impresión y reproducción facilitarían sin más el acceso de la gente a la lectura. Apreciamos hoy el encarecimiento progresivo del libro y las publicaciones periódicas en el mundo entero. A muy pocos se les puede pedir el heroísmo de preferir la compra de un libro, antes que la de un producto de consumo o un elemento de primera necesidad. Y aunque esto refuerce en cierto modo la función cada vez más irremplazable de las bibliotecas, debemos reconocer que para la mayoría el libro ha pasado a ser un artículo de lujo y en consecuencia y lamentablemente un producto de excepción, no una presencia natural y corriente. 4) La suposición de que los impresionantes avances de la ciencia y la técnica contribuirían por sí mismos y automáticamente a mejorar el mundo, la calidad de la vida, el bienestar y la salud de la población. Sabemos hoy que el hambre, la mortalidad infantil, la miseria o las condiciones negativas del trabajo están muy lejos de desaparecer. Sabemos también que los problemas ecológicos amenazan más que nunca la permanencia de la vida sobre la tierra. Nuestro planeta corre el riesgo de desapa-

recer, por lo menos como habitat biológico. Ni siquiera sabemos ya donde arrájar nuestros desechos. Necesitaríamos un planeta suplementario para echar allí la basura que producimos. Nada escapa a nuestra contaminación, a nuestro derroche, a nuestra voracidad arrasadora. Somos como un habitante que destruyera su propia casa desde adentro, sin acordarse de salir. 5) Hemos festejado ampliamente la instauración de la "era de la información". La multiplicación y diversificación de los medios, el perfeccionamiento de las técnicas de registro, almacenamiento y disseminación, el reconocimiento de la base informativa que requiere cualquier actividad, la proliferación de canales insospechados anteriormente, la posibilidad concreta de un acceso al conocimiento para todos, la información concebida como un derecho fundamental y sin discriminaciones, nos hicieron imaginar el advenimiento de algo parecido a un nuevo paraíso. Y hasta nosotros, que nos movemos en este campo, olvidamos que la información es tan sólo una materia prima para elaborar, nada más que un insumo para el saber, la cultura, la ciencia, el arte, la vida. Nos quedamos varados en la playa de una acumulación informativa más o menos controlada, sin recordar suficientemente que el exceso de información y la sobreinformación paralizan y avasallan tanto como la falta de información. Y olvidamos muchas veces el principio de oro de la selección informativa, de la calidad y pertinencia de la información, de su función al servicio del conocimiento, el pensamiento y la inteligencia del hombre. 6) Dos autores de lengua francesa, Philippe Breton y Serge Proulx, plantean en una investigación reciente, una tentadora alternativa (8). Resumen para hacerlo a un detenido estudio de las nuevas condiciones que se desprenden sobre todo de los notables avances de las telecomunicaciones y la informática, con el auge consiguiente de los procesos de comunicación, que parecen convertirse en los protagonistas del actual momento histórico. Esto los lleva a proponer una ideología de la comunica-

ción como verdadera alternativa u opción frente a las ideologías políticas y su fracaso. Señalan que esta ideología de la comunicación podría constituir una verdadera barrera contra la barbarie que vuelve a amenazar al mundo. Y agregan: "Una ideología sin enemigo, aunque no sin lucha ni sombra, ya que el mal estaría personificado en adelante por la "entropía", el "desorden", la "desorganización", el "ruido" (en el sentido de la teoría de la información)". Creo que la idea reviste interés y resulta inspiradora. Pone el énfasis en la comunicación, idea fundante que permite una adhesión todavía mayor que el simple concepto de información. Y aunque queden sin definir las exigencias cualitativas, la calidad por encima de la cantidad, es innegable que en la realidad y la vigencia perfeccionada de la comunicación, bajo sus múltiples formas, reside el fundamento del fenómeno humano, de la vida social, de la libertad, la democracia y la verdad. Se accede así, por otro ángulo, a la idea que tanto preocupó en nuestro siglo a Martin Buber (9), en torno a la impostergable necesidad de recuperar la plenitud del diálogo, forma eminente de la comunicación, como única vía para emerger de la oprimiente y angustiosa situación de nuestra época, en la cual, según Revel (10), "la primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira". Estimo, sin embargo, que Breton y Proulx descuidan algo esencial, que no olvidó Buber. El mundo actual está colmado de manifestaciones de comunicación aparente o inauténtica, basadas en la conveniencia, el oportunismo, el doble discurso y el afán de poder, lucro, éxito a toda costa, posesión o prestigio. Así como se ha configurado en los últimos años una válida "teoría de la desinformación" (11) a través de la información parcializada o deformada, cabría esbozar una concepción de la incomunicación a través de la comunicación falsa o insubstancial. Y el aumento de esa paradójica comunicación incommunicante sólo serviría para acrecer la división, el conflicto y el aislamiento. Pienso que la clave está en que no

puede haber una comunicación válida sin una base ética. Por otra parte me parece poco confiable el término "ideología": "ideología de la comunicación". Nos han mentido tanto y se han cometido tantos crímenes en nombre de esos sistemas cerrados de dogmáticas afirmaciones y soluciones para todo, que me resulta preferible recurrir a una palabra más abierta y más noble, evocadora del largo periplo del pensamiento humano y de los gremios de sabiduría que el espíritu supo extraer de la experiencia, el sufrimiento, el amor, la voluntad de expresión y la búsqueda: una filosofía de la comunicación. Sí, una filosofía de la comunicación, que viva en nosotros e inunde la sociedad y el mundo donde vivimos, como alternativa escogida frente a todos los fanatismos, las ideologías, las políticas, los aislamientos, las tecnologías, los totalitarismos o las utopías que están devastando a la humanidad. Una filosofía de la comunicación que surja como exigencia y promesa, como posibilidad y reclamo, en este pórtico de la década del 90.

Dice Stephen Hawking, en su tan comentada Historia del tiempo (42): "Nos hallamos en un mundo desconcertante." Dentro de ese mundo, nosotros nos encontramos en un país más desconcertante todavía. Esto nos obliga con mayor urgencia a tratar de entenderlo, a buscar la forma de comprender un poco más esta crisis que nos desconcierta. Para eso, me parece imprescindible ahora examinar sumariamente las mayores trabas que nos obstruyen el camino.

III - Los obstáculos mayores

Ya he recordado en su momento los dieciséis factores localizados en 1986 como causas decisivas de nuestra conflictiva situación. No volveré sobre ellas. Creo más efectivo sintetizar a esta altura esos rubros en varios aspectos sustanciales que los abar-

can en general y que constituyen las grandes trabas o principales impedimentos. No han nacido hoy, pero se han agravado en las últimas décadas. Si no se logra superarlas en un plazo más o menos breve, el año 2000 caerá sobre nosotros como un huracán sobre una tierra ya semi-arrasada. Si no se corrigen rápidamente las pautas del deterioro argentino, poco podrán hacer las bibliotecas y los servicios de documentación e información, salvo casos excepcionales, en tanto la profesión bibliotecaria proseguirá postergada y sin posibilidad de pleno surgimiento, paradójicamente en una época histórica en la que su acción y sus objetivos han cobrado trascendental importancia.

Pasemos revista entonces, rápidamente, a esas adversidades que se nos oponen: 1) La política argentina. La conformación de una oligarquía política, como alguien ya la ha definido, apartada en su mayor parte de los verdaderos intereses de su pueblo y preocupada sobre todo por conservar y aumentar los privilegios del poder, ha desembocado en una grave confusión o inversión de prioridades. Como consecuencia, se han postergado o descuidado los principales objetivos del Estado: la educación pública, la salud de la población, la cultura, la calidad de vida, la seguridad social, la lucha contra el delito, la justicia. Es imposible visualizar un país moderno y auténticamente democrático donde el fin primordial consista en ganar las elecciones, donde proliferen la corrupción sin ser sancionada, donde la educación ocupe uno de los ítems más reducidos del presupuesto, donde la escuela y la universidad parecen condenadas a un eterno papel de Cenicientas, donde la biblioteca escolar no es un eje de la enseñanza y el aprendizaje, donde la biblioteca pública es obligada a vegetar en una especie de tierra de nadie, donde el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional se ha convertido en una "historia sin fin" para asombro de turistas, donde año tras año se posterga el estatuto profesional del bibliotecario y la legislación que requieren las bibliotecas argentinas. Volver

a pensar nuestro pasado puede ayudar a nuestros políticos y gobernantes a pensar mejor nuestro futuro, a poner en su lugar las cosas que realmente importan, a asumir su función de servidores públicos, a declinar sus apetencias personales y partidistas, a entender de una vez por todas que la sociedad no está al servicio del Estado y su nefasta burocracia, sino *exactamente al revés*. Señala Paul Johnson, en su reciente obra Tiempos modernos (13), que el enorme crecimiento del número de políticos profesionales se ha convertido en uno de los fenómenos más representativos de nuestra época y abriga la esperanza de que la "era de la política", por lo menos así concebida, esté acercándose a su fin. Y añade en otra parte una sentencia que todos deberíamos meditar: "El Estado fue el gran triunfador del siglo XX, y el principal fracaso." Por otro lado, tal vez nos haga falta reunir, como en el título de un libro muy actual de un estadista europeo, "política e imaginación".

2) La crisis económica. Pocos países deben aproximarse tanto como el nuestro, en las últimas décadas, al record correspondiente a la cantidad de planes económicos, preparados por especialistas en la materia, presentados como incuestionables soluciones para salvar a la Nación, aplicados sin más alternativas por los gobernantes de turno y apelando, eso sí, a la confianza del pueblo, para desembocar en estrepitosos y sucesivos fracasos. La abundancia inútil de esos planes sólo es igualada o superada por la sorprendente cantidad de teorías que intentaron primeramente justificar sus excelencias o después explicar las razones de su naufragio. No es éste el lugar para hablar de otros planes posibles que puedan salvar la economía, ni tampoco para invocar ninguna hipotética teoría redentora. Pero creo que podemos, tomando como perspectiva los próximos años, reconocer algunos indicadores y algunas consecuencias del creciente desastre económico que nos ha ido sumergiendo y que afecta todos los planos de la vida argentina, entre ellos naturalmente la existencia de las

bibliotecas y el desarrollo de la profesión bibliotecaria. Cabe destacar así: 1) el impresionante y dramático descenso del nivel de vida de la población, salvo ciertos bolsones o islotes, privilegiados política o económicamente; 2) la propagación de la miseria en amplios sectores de la sociedad; 3) el gravísimo aplastamiento de la clase pasiva (jubilados y pensionados), salvo en regímenes de excepción; 4) el derrumbe del sistema de obras sociales; 5) el desbarrdante crecimiento del escepticismo colectivo y la progresiva pérdida de confianza en los dirigentes (políticos, empresarios, sindicales, etc.); 6) la duda sobre el valor del trabajo, el estudio, la lectura y el esfuerzo en general, como vehículos y componentes de una vida más digna; 7) el auge de la violencia y la delincuencia; 8) la búsqueda incontrolada de vías de evasión, como el uso de las drogas o la suplantación de la lectura por el espectáculo de pésima calidad, con la complicidad protagónica de la mayor parte de la televisión, tanto oficial como privada; 9) la generalización de una especie de neurosis obsesiva, producida por la sensación de impotencia ante los reiterados agravamientos de la problemática económica, todo lo cual termina por afectar la integridad personal y deja sin espacios disponibles para cualquier dedicación que no esté vinculada con la preocupación y la angustia por la crisis; 10) una inestabilidad permanente, derivada del desborde de la inflación, la hiperinflación y la especulación, que devoran cualquier recurso o ahorro e invalidan planes, proyectos, presupuestos, decisiones y hasta el propio ejercicio de la libertad; 11) un déficit constante, oprimente para todos, de las cuentas de un Estado burocrático, empresario y monopolístico, que descuida sus verdaderas obligaciones, como la educación o la salud de la población, inventando sin cesar nuevas estratagemas para obtener recursos que alimenten sus arcas sin fondo; 12) un desarrollo estremecedor del egoísmo colectivo, que subordina relaciones y conductas, abarca al que

tiene más y al que tiene menos, desarticula la vigencia de las nociones de solidaridad, servicio y servicio social y conduce a los estrechos e inhumanos carriles del lucro por encima de todo, el utilitarismo, el oportunismo y el materialismo más cerrado, donde cada sector o individuo tira sólo para sí y donde cabe observar fenómenos que parecían inconcebibles en la Argentina, como los medicamentos fuera del alcance de los enfermos, los alimentos fuera del alcance de los que tienen hambre o los libros fuera del alcance de quienes todavía quieren y necesitan leer. Tomando en cuenta estos hechos y otros muchos que se podrían enumerar, no resulta osado dibujar el perfil de una mala administración de la economía del país, durante las últimas décadas. Es preciso no olvidar que la Argentina ocupó, hace 40 ó 50 años, un puesto de avanzada entre las naciones más promisorias del mundo. No es raro que un sociólogo francés se haya atrevido a catalogarla en este plano como "la gran decepción del siglo XX". Nosotros sabemos, por otra parte, que el servicio bibliotecario es considerado un servicio caro y que los políticos y economistas no quieren comprender su carácter de inversión decisiva. También sabemos que existe entre ellos una inveterada inclinación, cuando hay que efectuar recortes presupuestarios, a podar los escasos recursos de las bibliotecas. No ignoramos que sólo el esfuerzo, el sacrificio y hasta la resignación de muchos, mantienen abiertas las puertas del único ámbito que queda para la lectura y el estudio de la mayoría. Pero tampoco se nos escapa, ante la perspectiva de los próximos años, que si no se supera el formidable desfase económico al que hemos llegado y ^{no} se cambian las prioridades políticas y de financiamiento, las postrimerías de este siglo verán el descalabro y la ruina de las bibliotecas argentinas y la decadencia de la profesión en nuestro país, justamente en el momento en que éste más las necesita.

3) El deterioro educativo. Según los resultados de una encuesta sobre las mayores preocupaciones de la población de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, aparecidos en un diario de la mañana el 19 de marzo de 1990, la educación sólo constituye motivo de ansiedad para el 4,5 por ciento de los encuestados. Allí surgen, además, los bajos salarios (35,2), la inflación (20,7), la corrupción administrativa (19,5), la desocupación (8,8), la deuda externa (5,8), la droga (3,3), la delincuencia (0,9), la salud (0,8), los derechos humanos (0,7) y la cuestión militar (0,1). (14)

Estos índices constituyen un dramático testimonio de factores acuciantes, pero también una prueba del desconcierto y la falta de criterio. ¿Cómo es posible no ver el estado de demolición que ofrece en todos sus niveles la educación argentina, descuidada y manoseada por gobernantes civiles y militares? ¿Cómo es posible seguir sin comprender que no habrá salida económica, política o moral, si previa o simultáneamente no se encara en profundidad una verdadera reconstrucción de la educación pública en nuestro país? Quiero tan sólo señalar al pasar algunos puntos especialmente graves: 1) Ahorrar en educación es robar al pueblo. 2) Adoctrinar antes que enseñar es traicionar la función educativa. 3) La ausencia de un auténtico margen de autoridad y disciplina, en escuelas y universidades, desarticula el ámbito educativo y perjudica en primer término al alumno. 4) La pedagogía del dedo levantado y la pedagogía del cambio por el cambio mismo, son anacronismos y falsas substituciones de una pedagogía orgánica y creadora.

5) El facilismo, la demagogia y las teorías vagamente renovadoras o revolucionarias no pueden suplantarse a la valorización del mérito y el esfuerzo, como tampoco al auténtico pluralismo, el espíritu sinceramente democrático o la actitud abierta que requiere el nacimiento de la iniciativa y el proceso de despertar en que consiste la educación. 6) La alfabetización manipulada y el aumento del analfabetismo representan indudables lacras de nuestro panorama

educativo. 7) Como se ha señalado muchas veces, la falta de bibliotecas o su pobreza favorecen la regresión al analfabetismo. 8) La deserción escolar va consolidando un déficit humano mucho más grave que el déficit fiscal. 9) La postergación y la pauperización de maestros y profesores podría contrastarse con el sentido de las célebres palabras de Leopoldo Lugones: "el maestro, cónsul de la República". 10) La pérdida de confiabilidad en la escuela pública pareciera el nefasto resultado de un plan de desprestigio o un nuevo terrorismo dirigido contra ella. 11) El debilitamiento de ciertos valores (responsabilidad, libertad responsable, respeto mutuo, honestidad, solidaridad, sinceridad, creatividad, competencia leal, rigor de lenguaje, jerarquía del pensar y el reflexionar, etc.) va de la mano con la invasión progresiva de la droga, el conformismo, el estancamiento en la rutina, la grosería creciente y el olvido del principio asentado por Rousseau: "A las plantas las endereza el cultivo; a los hombres, la educación." La escuela y la universidad han perdido su protagonismo social. Devolverlo es la gran consigna de esta hora difícil y apremiante. No queda otro camino. Y para andararlo es de suma importancia el papel reservado a las bibliotecas y los bibliotecarios en la década que se inaugura. Sin ellos, la educación no pueda existir.

4) El deterioro cultural. Durante las últimas décadas, más que por la cultura, nuestro país ha sido cubierto o asolado por el ideologismo cultural. Las concepciones científicistas de la cultura (sociológicas, antropológicas, etc.) se aliaron con las concepciones ideológicas (marxistas, derechistas, fascistas, positivistas, etc.) y desplazaron a los enfoques axiológicos, filosóficos y abiertos. Así el adoctrinamiento cultural, la praxia, el panfleto, un modo de maniqueísmo cultural (lo bueno y lo malo, la calidad o su ausencia, decididos y separados en razón de la ideología), una especie

de terrorismo cultural, en base a ideas importadas y traicionando un pluralismo invocado pero no practicado, lo invadieron todo, la escuela y la universidad, la televisión y la radio, los diarios y revistas, los cines y los teatros, las librerías y a veces también las bibliotecas (a través, por ejemplo, de las obras "seleccionadas" desde arriba para las bibliotecas públicas). Y todo esto como un intento de lavado de cerebro colectivo, ante la inopia de la mayoría. Pasó a primar la "cultura-espectáculo", la "cultura-exhibición", en tanto la lectura iba siendo desplazada, hasta situarnos en un franco y lamentable retroceso en las estadísticas mundiales sobre niveles de lectura. Una "cultura sensorial", para usar los términos de Sorokin, se ha ido extendiendo sobre el país. Un falso nacionalismo cultural, que es siempre sinónimo de incultura, como bien lo señalara Mario Vargas Llosa en una entrevista publicada en Buenos Aires, ha caído en los extremos de un autoctonismo rampante, llegando a convertir casi en un delito la transmisión radial de música clásica. Un populismo de ínfima categoría que, como todos los populismos, se opone al verdadero espíritu popular, ha llevado hacia un facilismo vulgarizador y hacia una nivelación por abajo. Y por si algo faltara, la ingerencia estatal en la cultura, invade muchas veces terrenos que no le corresponden y contribuye a aumentar la confusión. Bien podemos preguntarnos: ¿Y ahora qué? El deterioro cultural de un pueblo corre paralelamente a la quiebra de su espíritu. Cuando Konrad Lorenz, hacia el final de su vida, quiso sintetizar en un único punto las ocho causas de decadencia que había analizado años antes, se refirió al inquietante deterioro cultural del hombre actual. La cultura hay que ganarla como se gana el pan. No cae del cielo ni se compra con dinero ni se equipara con la simple información ni se adquiere por la adhesión a ninguna ideología. La cultura es despertar, esfuerzo, forma de vida y creación. Leer es una de sus vías privilegiadas y las bibliotecas ponen esa vía al alcance de todos. Pero también

la función de algunas bibliotecas se ha visto deformada, entendiéndolas como posibles centros de adoctrinamiento, adulterando el sentido de aquello que entendemos como extensión bibliotecaria, perturbando su autonomía de selección o efectuando designaciones orientadas, por no decir partidarias, sobre todo en los cargos de mayor responsabilidad, sin importar la idoneidad bibliotecaria o el título profesional. Es urgente que las bibliotecas recuperen en los próximos años la plenitud de sus funciones, se afiancen en la confianza del público y acentúen su protagonismo en la vida de la sociedad argentina. Es urgente fortalecer su nivel de calidad como servicio y confirmar sus objetivos esenciales. Es urgente superar aquello que podemos llamar la "pauperización bibliotecaria", que comprende tanto a las bibliotecas mismas como a los bibliotecarios. Si no se puede dejar de depender del Estado, que éste asuma su responsabilidad cultural y educativa en relación con las bibliotecas y quienes las sirven. No se trata de un negocio para particulares, ni de un gasto suntuario o sustituible. Un decisivo mejoramiento de las bibliotecas es condición del futuro argentino, de su apertura, su calidad, su eficacia y también de la solución de esta crisis. No es la única condición, por supuesto, pero es hora de afirmar que sin bibliotecas dignas no puede haber un país digno. La década del 90 nos plantea dramáticamente la necesidad de que nuestros gobernantes terminen de comprender o empiecen a comprender aquella idea de Shera: "La biblioteca es uno de los elementos del sistema total de comunicación mediante el cual la sociedad se mantiene unida y se genera una cultura."

5) La crisis moral. Poco a poco vamos entendiendo que éste es el plano fundamental de nuestra crisis. Una especie de virus espiritual se ha infiltrado en el alma de los argentinos. Y se parece al llamado "virus de las computadoras": borra los programas, desarma el "software", desarticula la estructura interior. El desánimo, la desconfianza, la sensación de algo así como una gran defrauda-

ción colectiva, desembocan en una relativización generalizada y en un desembozado egoísmo, que afectan las bases mismas de nuestra convivencia. Ya han quedado esbozados muchos rasgos de esta indisimulable catástrofe moral, como la defección de nuestras clases dirigentes, el afán desmesurado de lucro a toda costa, la corrupción impune en los asuntos públicos y también en las relaciones privadas, la primacía del sálvese quien pueda y como pueda, el debilitamiento de todas las formas legítimas y no convencionales del respeto y la consideración, el desprecio por la justicia, la falta de solidaridad, la generalización del delito y la violencia, la burla del más débil, la fractura del diálogo social, el disloque del sentimiento compartido de un destino común, la duda sobre el valor del trabajo y el esfuerzo, el dolor por el éxito o el mérito ajeno, la proclividad a arrojar la primera piedra y muchas veces la última, el odio a todo cuanto sobresale, la mediocridad, la masificación, la estulticia, el ventajismo, la exhibición provocativa de la riqueza, la grosería como ostentación... ¿Para qué seguir? Creo, sin embargo, que detrás de los afeites podemos descubrir todavía tres arrugas mayores: el eslapso de la sinceridad, la corrupción mental y la pérdida de la esperanza. He aquí el cuadro. Todos sabemos que hay múltiples excepciones y también reservas escondidas de integridad y de fuerza interior. Nadie ignora la leyenda según la cual una sociedad o un mundo no puede sobrevivir si no conserva un mínimo de justos. Pero la coloración del aire que respiramos y el tono de la convivencia están dados por ese cúmulo de síntomas éticamente negativos. Ya no quedan eufemismos ni disimulos viables. Es preciso afrontar esta decadencia moral y comenzar a superarla desde la vida de cada uno, como si debiéramos volver a aprender el arte de vivir. Todos los otros obstáculos -políticos, económicos, educativos, cultura-

les- dependen de la crisis moral que nos afecta. De aquí debemos partir también los bibliotecarios. No se trata de elucubrar nuevos planes o descubrir procedimientos o estrategias salvadoras, ni tampoco imaginar que podemos hacernos a un lado hasta que pase la tormenta o que quizá aparezca en la pantalla un cartelito, como suele ocurrir en las películas, para decirnos que aquello que hemos visto es pura ficción y cualquier parecido con la vida real es sólo fruto de la casualidad. Las bibliotecas y los bibliotecarios, por definición, no son castillos fuertes ni torres de marfil, no pueden desprenderse del destino de su pueblo. No veo cómo se puede hoy y aquí pensar en la lectura sin considerar todo aquello que la dificulta o impide.

Algún historiador ha observado recientemente que el siglo parece concluir, a pesar de todos los avances de la ciencia y la técnica, con un sentimiento generalizado de pérdida, de derrota, de inseguridad, de incertidumbre, de desorientación. Por nuestra parte, los argentinos nos encontramos en lo que constituye tal vez la peor crisis de nuestra historia, sintiéndonos por momentos casi al margen de la historia. Estamos casi a las puertas del siglo XXI y vemos que todavía esas puertas no se abren para nosotros. No vamos a caer en la puerilidad de proponer una fórmula salvadora o una receta magistral que nos cure. Antes de pasar a una especie de conclusión posible, me parece en cambio oportuno recordar unas palabras de Albert Camus: "En el fondo de la desesperanza encontrás la esperanza."

IV - Una conclusión posible

Norman Stone, profesor de historia moderna en la Universidad de Oxford, al examinar algunos hechos sumamente significativos de la actualidad, como por ejemplo la notable transformación de los países del este europeo, exclama: "Es éste un tiempo bastante asombroso." Creo que eso no se manifiesta solamente en el campo

político, como a veces lo pretenden nuestra miopía o la información interesada. Tomar conciencia de algunos de estos fenómenos e innovaciones en todos los campos, nos ayudará a no abismarnos en nuestra crisis y a ubicarla en un mundo en plena renovación. En ese sentido y aparte de lo ya señalado en este trabajo, quiero evocar unas palabras del ya mencionado Stephen Hawking, en la conclusión de su Historia del tiempo: "No obstante, si descubriéramos una teoría completa, con el tiempo habrá de ser, en sus líneas maestras, comprensible para todos y no únicamente para unos pocos científicos. Entonces todos, filósofos, científicos y la gente corriente, seremos capaces de tomar parte en la discusión de por qué existe el universo y por qué existimos nosotros." (45) Pienso que esta apertura, esta nueva disponibilidad de la ciencia y del conocimiento, nos toca de muy cerca a los bibliotecarios y constituye un rasgo francamente positivo para los próximos años.

Una segunda consideración o sea se quiere advertencia, puede hallarse en un notable libro de Theodore Roszak: El culto a la información.⁽⁴⁶⁾ En su primer capítulo y mientras comenta una obra que se refiere a la cibernética, encontramos este párrafo: "El libro plantea el problema de si a la tecnología se le debe permitir que haga todo lo que es capaz de hacer, especialmente cuando sus poderes alcanzan las artes y las habilidades que dan sentido a la vida de las personas." Ya Roszak había dicho en su prólogo: "En un sentido muy real, está en juego las facultades y los propósitos de la mente humana." Y llama la atención sobre el culto desmesurado a la información y a la computadora, apuntando el propósito principal de su argumento: "insistir en que existe una distinción importantísima entre lo que hacen las máquinas cuando procesan información y lo que hace la mente cuando piensa."

Creo que los bibliotecarios de la próxima década deberán meditar profundamente sobre estos temas y sobre otros que hemos reco-

rrido en este trabajo. Pero pienso también que se verán favorecidos para hacerlo por ciertas aperturas que parecen expandirse en el campo de las ideas, por cierta expansión de la conciencia profesional que suele darse ante las dificultades y urgencias provocadas por una crisis, siempre que se supe_re aquel desenfoque inicial del cual hablamos, y también por esa vuelta a los fundamentos de la profesión, que constituye a mi ver la única vía de salida de este laberinto. Por otra parte, me parece leal manifestar, con toda la prudencia del caso, que algunos indicios recientes surgidos en el país me parecen prometer cierta posibilidad de que la tormenta comience a amansar progresivamente. Puede ser que la paciencia, la perseverancia y el trabajo estén empezando, como la gota de agua del adagio, a horadar la piedra. En nuestro campo, deberemos continuar planteando a quienes tienen poder de decisión, las necesidades de siempre: una legislación bibliotecaria, el estatuto profesional del bibliotecario, un plan nacional de bibliotecas e información, la bibliografía nacional, una Biblioteca Nacional digna y en su lugar, el fortalecimiento de la formación de bibliotecarios y especialistas en información, la inversión adecuada para el desarrollo de las bibliotecas, una insistencia especial en el sostén y la multiplicación de las bibliotecas públicas, la incorporación en escuelas y universidades de los conocimientos necesarios para una eficaz utilización de las bibliotecas.

Un escritor argentino me recordó en estos días una línea que escribí hace algún tiempo y que había olvidado. El quiso usarla generosamente como epígrafe de uno de sus libros. Esa línea dice así: "El hombre no vive: resucita." Sí, la vida es resurrección permanente. En cada paso que damos, en nuestro despertar de cada mañana, en cada encuentro, en cada gesto de amor o amistad, en cada nuevo conocimiento, en cada trabajo verdadero, en cada signo

de comprensión, solidaridad o servicio. Nosotros, bibliotecarios, resucitamos también en cada libro que prestamos, en cada palabra de orientación o ayuda al lector, en cada tarea de ese ámbito que le hizo imaginar a Borges el paraíso bajo la forma de una biblioteca. Dicho de otro modo: para vivir, necesita el hombre volver a inaugurar la vida cada día. Y para eso es preciso el retorno permanente a las fuentes, tan a menudo olvidadas, tan frecuentemente traicionadas. Nosotros, como bibliotecarios, en este umbral crítico, necesitamos también un regreso: volver a los fundamentos de nuestra profesión. Recuperar y profundizar los valores que nos han permitido encontrar un destino en lo que hacemos, por encima de todas las dificultades, de los obstáculos políticos, económicos, educativos, culturales y morales, de las incertidumbres y las dudas. Sólo así, reencontrando el sentido hondo de nuestra vocación, será posible que la misión del bibliotecario y la misión de las bibliotecas no se conviertan en otra utopía en este país y sean capaces de contribuir a encontrar la salida de esta crisis global que nos abruma.

Creo que hoy más que nunca es preciso integrar y fortalecer en cada ~~una~~ una axiología bibliotecaria, asumir las preguntas básicas y los valores fundantes que dan sentido y sostienen a las bibliotecas y a nuestra profesión. Debemos replantearnos a fondo las interrogaciones decisivas: ¿Qué clase de sociedad queremos? ¿Qué forma de cultura nos importa? ¿Qué tipo de educación nos interesa? ¿Qué especie de biblioteca deseamos? ¿Qué perfil de bibliotecario pretendemos encarnar? Ni siquiera necesitamos respuestas acabadas, taxativas, indudables, absolutas. La simple frecuentación, comprensión y meditación de esas preguntas son suficientes para mantener abierto, alerta y dinámico nuestro espíritu bibliotecario. Y el ahondamiento de esas interrogaciones nos permitirá también aclarar y precisar una especie de deontolo-

gía bibliotecaria o sea el conjunto de responsabilidades y deberes que exige una profesión tan amplia y tan viva como la nuestra. Y no me cabe duda que esos planteos fundamentales, convertidos en motor de nuestra experiencia, incidirán en la plena recuperación de los valores fundantes de nuestro quehacer bibliotecario: la libertad, la solidaridad, la tolerancia, la cooperación, la justicia, la fe en nuestro trabajo y en el hombre.

La próxima década, tal vez más que nunca antes, requerirá de nosotros la visión penetrante y el servicio abnegado de una Bibliotecología crítica, integrada, comparativa y abierta. Crítica, es decir apta para pensar con autonomía y evaluar con lucidez, capacidad e inteligencia los múltiples problemas de nuestro campo y de su contexto social. Integrada o sea convergente e interactuante con todas las otras áreas del conocimiento, la educación y la cultura, comprometida además con la vida, el progreso y las preocupaciones del país y del mundo. Comparativa, lo cual equivale a no cerrar mentes, puertas y fronteras ante lo que se hace en otras latitudes, recibiendo y ofreciendo, aprendiendo y transmitiendo lo mejor que podamos alcanzar, en recíproco intercambio de avances e innovaciones, dentro del marco de una humanidad que cada vez más decidida y dramáticamente juega su existencia en la apuesta de una historia común, universal o planetaria, a pesar de todos los desequilibrios y contrastes que todavía perduran y nunca desaparecerán del todo. Y abierta, lo cual supone una bibliotecología disponible para el cambio, de mentalidad generosa, sin temor ante la diversidad de ideas, creencias y opiniones que constituyen el verdadero patrimonio, la verdadera riqueza de la aventura creadora del hombre, dejando a un lado las parcialidades y las soberbías sectarias y tolerándonos una única obsesión: franquear para todos el acceso al conocimiento, a la cultura, a la información, a la búsqueda creadora, al libro, a la lectura,

a las múltiples formas con que se revisten la memoria, la imaginación y el pensar del hombre y a veces ese gramo de creación o de sabiduría que, si algo perdura, nunca desaparecerá del todo.

Volver a nuestros fundamentos profesionales, fortalecerlos, profundizarlos y servirlos. ¿Hay acaso, para las bibliotecas y los bibliotecarios, algún otro camino que les permita superar esta crisis, contribuir al resurgimiento de nuestro país y encarar digna y eficazmente el exigente desafío de la próxima década?



NOTAS

1. Heller, J. Catch-22. New York, Dell, 1963. XVII, p. 303.
2. .DONDE ESTAMOS HOY? Por Max Born, Martin Buber, Karl Jaspers, Eduard Spranger y otros. Madrid, Revista de Occidente, 1962.
3. Shakespeare, W. Macbeth. Acto V, escena 5.
4. Juarros, R. El bibliotecario hoy y la crisis profesional. En: Bol. Inf. ABGRA, 10, en.-mar. 1987, p. 11-21.
5. Robin, J. Changer d'ère. Paris, Seuil, 1989.
6. Revel, J. F. El conocimiento inútil. Barcelona-Buenos Aires, Planeta, 1989.
7. Drucker, P. Las nuevas realidades. Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
8. Breton, Ph.; Proulx, S. L'explosion de la communication; la naissance d'une nouvelle idéologie. Paris-Montréal, La Découverte-Boréal, 1989.
9. .DONDE ESTAMOS HOY? Op. cit.
10. Revel, J. F. Op. cit.
11. Fraguas de Pablo, M. Teoría de la desinformación. Madrid, Alhambra, 1985.
12. Hawking, S. W. Historia del tiempo. Buenos Aires, Grijalbo, 1989. p. 219.
- 13. Johnson, P. Tiempos modernos. Buenos Aires, Javier Vergara, 1988. p. 731-32.
14. LA PRENSA, marzo 3 de 1990. p. 8.
15. Hawking, S. Op. cit. p. 223-24.
16. Roszak, Th. El culto a la información. Barcelona, Crítica, 1988.